

NOS, FREDERICO GONZALEZ SUAREZ,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA,
OBISPO DE IBARRA.



Á NUESTRO VENERABLE CABILDO ECLESIAÍSTICO,
Á LOS SACERDOTES SECULARES, Á LOS RELIGIOSOS Y Á
TODOS LOS FIELES DE NUESTRO OBISPADO :

SALUD Y PAZ EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

*Pastoral, sobre la pérdida
de la Fe.*

BEATA, QUAE CREDIDISTI.

*Eres bienaventurada, por-
que tuviste fe en el Señor.*

(Del Evangelio de San Lucas,
Capítulo primero, versículo cua-
dragesimo quinto).

*Venerables Hermanos y muy amados Hijos en Nuestro
Señor :*

I

UNO de los más sagrados deberes de nues-
tro cargo pastoral es enseñar la doctrina
evangélica y exhortar á los fieles á la
exacta y puntual observancia de los mandamientos
divinos. Anhelando cumplir este deber, os diri-
gimos ahora nuestra Tercera Carta Pastoral, en la
que vamos á hablar de uno de los más admirables
misterios de nuestra santa Religión. Estamos en
tiempo de Adviento, y hoy celebramos la fiesta de

la Concepción Inmaculada de la Virgen María: la época del año eclesiástico y la solemnidad, con que la Iglesia ha santificado este día nos estimulan, pues, á discurrir acerca de la cooperación de la divina Virgen á la obra de la redención del linaje humano y salvación de las almas.

Hoy la Madre de Dios es celebrada en el cielo y en la tierra: tomemos parte en esas aclamaciones, y paguémosle también nosotros, con nuestra débil voz, el tributo de nuestras bendiciones y alabanzas.

¿Qué somos nosotros? ¿Cómo hemos venido al mundo?... Ayer éramos nada; mañana, otra vez, habremos desaparecido de la faz de la tierra: no pudimos determinar ni el tiempo ni el lugar de nuestro nacimiento, y tampoco está en nuestra mano fijar el cómo y el cuándo de nuestra partida de este mundo á la eternidad. Hay una ley, á la cual estamos necesariamente sometidos; hay una voluntad soberana y omnipotente, que nos rige y gobierna. Esa voluntad es la de nuestro Criador, quien, al sacarnos de la nada y concedernos la vida, se dignó también reservarnos un destino eterno y un fin sobrenatural, para cuya consecución nos ha proporcionado liberalmente toda clase de medios.

Nosotros, criaturas miserables, no teníamos fundamento alguno para reclamar de Dios el beneficio de la existencia, ni menos para exigir de su sabiduría infinita un destino superior á las condiciones de nuestra propia naturaleza. La triste nada, decidme, Venerables Hermanos y amados Hijos, ¿tendría derecho para reclamar algo? ¿Podría exigir algo de Dios? ¿Éramos nada, y en el fondo pavoroso de la nada habríamos quedado para siempre, si de la nada no nos hubiese sacado la suma bondad de Dios! ¿Cuánto no debemos á

Dios por habernos criado! . . . Mas ; cómo alabaremos su bondad por el beneficio inmenso de habernos predestinado para un fin sobrenatural, que consiste en la posesión del mismo Dios por toda la eternidad? Tanto más admirable nos debe parecer este beneficio, cuanto Dios Nuestro Señor no nos lo ha otorgado de balde, sino mediante un precio infinito, satisfecho, de una manera maravillosa, por el mismo Dios. Nos crió el Señor, sin tener de nosotros necesidad alguna : nos elevó á un destino sobrenatural, cuando podía, sin dejar de ser bueno, habernos hecho felices con la posesión de un fin proporcionado á las condiciones de nuestra naturaleza humana : quiso que ese admirable destino, que desde toda eternidad nos había preparado, lo recibiéramos no como un don puramente gracioso sino como un premio de justicia, debido á nuestros merecimientos ; y á tantas bondades añadió la de redimirnos del pecado, sacrificando á su mismo Hijo Unigénito, para que la muerte del Hijo de Dios fuese el precio de nuestra vida. La redención nos devolvió el derecho á la posesión de la bienaventuranza eterna ; y, haciéndonos hijos adoptivos de Dios, nos constituyó herederos de la gloria y hermanos de Jesucristo. ; Tanta fue la misericordia de Dios para con los miserables hijos de Adán!

Veamos cómo puso en ejercicio el Altísimo todos sus atributos para salvar al hombre. Podía el hombre ser perdonado, sin que Dios exigiera de él satisfacción ninguna : podía Dios devolverle su gracia, aceptando la satisfacción que el hombre pudiera darle : podía también condescender con el hombre y aceptar la satisfacción que por el hombre ofreciera una otra criatura inocente : de todos estos modos podía ser salvado el hombre ; mas Dios Nuestro Señor prefirió redimir al hombre, hacién-

dose hombre y muriendo por el hombre, porque en los insondables decretos de su sabiduría infinita había resuelto no perdonar al hombre, sino mediante una satisfacción de estricta justicia. El hombre, pecando había irrogado á Dios una ofensa infinita: como el injuriado era Dios, la satisfacción debía ser infinita en sus merecimientos y ofrecida por el mismo hombre culpado, el cual convenía que, para desagraviar á Dios, estuviera inocente y ofrendara una víctima para, que no se hallara obligado á ofrecer á Dios bajo otro respecto. Pedir méritos infinitos á una criatura miserable, reclamar inocencia en un criminal, exigir víctimas y holocaustos á quien no posee nada propio, á quien ha recibido de fuera todo cuanto es y todo cuanto tiene, era hacer imposible la redención: imposible para el hombre; pero muy posible para Dios. La sabiduría infinita encontró el medio de conciliar la justicia con la misericordia: el Hijo de Dios se hizo hombre, y, muriendo por el hombre, dió la vida al hombre.

El Verbo Divino podía haber formado de cualquiera materia criada el cuerpo humano, que había de unir á su persona adorable: pudo también criarlo inmediatamente de la nada; mas no lo quiso así, sino que tomó la naturaleza humana en el seno de una hija de Adán, haciendo de este modo que su sangre fuera la misma del culpado, pero sacada de una fuente limpia de toda mancha y santamente pura. ¡Quién dará al Verbo Eterno esa sangre inmaculada? ¡Cómo se revestirá de naturaleza humana el Unigénito de Dios? Aquí aparece el misterio singular y excepcional de la Virgen María: adoremos los decretos de la sabiduría infinita y bendigamos su inagotable misericordia.

Dios quiso que una criatura humana fuera su cooperadora en la obra más admirable de su omnipotencia, y la Virgen fue asociada, con las relaciones íntimas de la maternidad, al Verbo de Dios humanado. La Encarnación del Verbo Divino, la Redención del linaje humano, la salvación del mundo y la gloria divina, todo fue puesto en manos de María, y todo estuvo pendiente de su voluntad y consentimiento. María fue criada únicamente para madre verdadera del Verbo Divino humanado: no fue escogida al acaso, ni exaltada como de repente á la sublime dignidad de Madre de Dios, no: Dios la predestinó desde toda eternidad para ese ministerio, y la crió y la santificó, haciéndola digna de su destino incomparable.

María nos ha dado, pues, á Jesucristo: Ella es quien, según canta la Iglesia, ha hecho que la Luz Eterna brille para el mundo, envuelto antes en las tinieblas del error y del pecado: María es quien ha hecho descender sobre el linaje humano la lluvia de la gracia: mediante la cooperación de la Virgen, el linaje humano recobró la vida y encontró la salvación. Ella, la Divina Virgen, nos ha dado el Salvador del mundo.

II

Tres venidas del Hombre-Dios al mundo recuerda la Iglesia Católica en esta época del año, llamada Adviento ó la *venida* por excelencia. — La primera venida sucedió cuando, sin dejar los cielos, descendió á la tierra, y se revistió de humana naturaleza en el seno inmaculado de María: la segunda se verifica siempre que, en el orden sobrenatural, toma posesión de las almas y las llena de la gracia santificante: la tercera acontecerá al fin

de los siglos, cuando, con gran poder y majestad, vendrá á juzgar á los hombres. La primera venida la hizo en silencio, entrando callado en el mundo y apareciendo en medio de los hombres, lleno de dulzura y mansedumbre: su venida santificadora á tomar posesión de las almas se hace asimismo en silencio, llegando á las puertas del corazón y dando aldabadas, sin ruido ni estrépito alguno: su última venida será terrible; entonces aparecerá con la autoridad de juez de vivos y muertos, para residenciar en público á los mortales. En todas estas tres venidas de Jesucristo tiene una parte admirable su santa Madre, la Virgen María,

Hablaremos ahora solamente de su cooperación á las dos primeras.

En la Encarnación fue María el árbitro de la venida del Redentor al mundo: no os sorprenda, Venerables Hermanos y amados Hijos, lo que os acabamos de decir. María fue árbitro de la venida del Unigénito de Dios al mundo; así lo quiso la sabiduría infinita, así lo tenía ordenado la admirable providencia del Altísimo; y en manos de la más humilde de las hijas de Adán le plugo al Eterno poner la realización de la mayor de las obras de su omnipotencia. Para que el Verbo Divino se hiciera hombre, la Trinidad augusta quiso tomar primero el consentimiento de María, y se lo pidió, y María lo dió, libre y voluntariamente, conociendo, con toda claridad, los tremendos deberes que contraía al aceptar la estupenda dignidad de Madre de Dios. Ese acto de consentir en la Encarnación fue un acto heroico de amor á Dios y de amor á los hombres, por parte de María. El más puro deseo de dar gloria á Dios, cooperando á la gran manifestación de los atributos divinos, que había de verificarse en la Encarnación, y la

esperanza de la salvación del mundo fueron los motivos, que la Santa Virgen tuvo presentes para consentir en su divina Maternidad: iluminada con las luces de la gracia, cuya plenitud poseía desde el mismo instante de su concepción, conoció claramente que era Dios quien le hablaba por medio del Arcángel Gabriel, y no vaciló en dar crédito á la palabra de Dios, tributando á la veracidad divina el homenaje de su fe, pronta, generosa y heroica, aunque eran tan profundos é incomprensibles los misterios, que, en Ella y por medio de Ella, se habían de verificar. Un Dios, que había de hacerse hombre; un Dios, que había de padecer; un Dios, que había de morir: una persona divina, que había de ser verdadero hombre sin dejar de ser Dios: una mujer, que había de concebir y de dar á luz un niño, que nacería sin quebranto de la virginidad de la madre, ved ahí cuantos misterios se presentaron á la inteligencia de María, y María los creyó, con firmeza, con generosidad, con heroísmo: no vaciló, no dudó, no desconfió de la veracidad divina, ni se conturbó pensando cómo llevaría á cabo tantas maravillas el Omnipotente: honró la palabra divina y esperó en la bondad del Altísimo, y la fe de la Virgen, haciéndola á Ella Madre digna de Dios, salvó al linaje humano. *Beata, quæ credidisti*, dichosa tú; oh! María, porque creíste, exclamaba más tarde Santa Isabel, y añadía: en tí se verificará todo cuanto en nombre del Señor te fue anunciado. *Perficientur in te quæ dicta sunt tibi a Domino* (1).

¡Quién podrá ponderar como es debido la inmensa deuda de gratitud y de reconocimiento, que para con la Virgen tenemos contraída, por ha-

(1) Evangelio de San Lucas, (Cap. Iº, ver. 45º)

bernos dado el Redentor? ¿Qué sería del mundo sin Jesucristo? ¿Cuán lamentable no fue el estado moral de todas las naciones paganas antes de la venida del Hijo de Dios al mundo? ¿A quién debe el linaje humano su salvación, sino á la Virgen, cuyas virtudes excelentísimas merecieron para Ella la dignidad de Madre de Dios y para nosotros la redención? . . . Humilde, á pesar de su grandeza; callada y modesta, abismada constantemente en la consideración del asombroso misterio, que en su seno virginal se había consumado, sintiendo la vida de Dios confundida con la suya propia, pasó los nueve meses, que, según el orden de la Providencia, precedieron á su milagroso alumbramiento! . . . Luego, en la gruta de Belén, convertida en el primer santuario donde se rindió adoración al Verbo de Dios humanado, ved á la Virgen, sustentando en sus brazos delicados á la Majestad del Omnipotente, revestido de la forma de un niño ternezuelo, inerme y desvalido, sin más amparo que el regazo de una doncella pobre, sobre quien el orgullo de los aldeanos de Belén no se ha dignado fijar su atención. ¿Oh encantadora hermosura de los misterios cristianos! . . . Ese Niño débil, que acaba de nacer; ese Niño, á quien el hielo de la noche amenaza quitar la vida, apenas nacido; ese Niño es el Todopoderoso: la Omnipotencia está reclinada en el regazo de la Virginitad: el Eterno se ha acogido al abrigo de una criatura; la Sabiduría infinita se ve necesitada de las industrias del amor maternal! El Altísimo, el soberano Señor del Universo, Jehová, el tremendo, el adorable, para alimentarse, pide, con la sonrisa infantil de un niño, que recién acaba de nacer, unas pocas gotas de leche, con que el Cielo ha henchido milagrosamente los pechos virginales de la más pura entre

las hijas de Judá. *Ubere de coelo pleno*. . . ; In-
venciones de la bondad divina ! ¡ Maravillas de
la misericordia de Dios para con los mortales !

III

No es menos admirable la cooperación de la misma divina Virgen á la segunda venida de Jesucristo, á esa venida, que, por medio de la gracia, se verifica en las almas. Jesucristo, como Dios, es el criador de la gracia; y, en cuanto hombre, es el mercedor de la gracia, la fuente, de donde la gracia dimana, y el dispensador de ella en el mundo sobrenatural de las almas, mucho más admirable sin comparación que el universo corpóreo. Sin la gracia no podemos nada, absolutamente nada, ni aun lo más pequeño en orden á nuestra salvación eterna. *Sine me nihil potestis facere*, sin mí no podéis hacer nada, nos ha advertido el mismo Jesucristo (1): Ahora bien; Venerables Hermanos y amados Hijos, según los decretos divinos, la gracia, sin cuyo auxilio no podemos ejecutar ni el más ligero acto de virtud sobrenatural, no se nos da sino por medio de la Virgen María, pues Dios ha querido, como enseñan unánimemente todos los teólogos, que no haya una sola gracia, por insignificante que sea, (si nos es lícito hablar así), que no pase por las manos de la Virgen. Dios lo ha querido así, Dios lo ha establecido así: esa es su voluntad santa y adorable. La Virgen María tiene, pues, una cooperación providencialmente necesaria en la santificación de las almas y en la salvación de los hombres. Todos los que se han salvado, se han salvado por la cooperación de María, y á Ma-

(1) Evangelio de San Juan, (Cap. XV, ver. 5º).

ría deben los Santos la gloria de que gozan en el cielo; pues, mediante la cooperación de la Madre de la gracia, practicaron las virtudes, que tanto premio les han merecido en la eternidad. ¿Queréis salvaros? ¡Acudid á María! ¿Deseáis salir del abismo del pecado, en que os halláis caídos? ¡Invocad á María! ¿Os tienen encadenados los vicios, y no podéis libraros de su cautiverio, á pesar de vuestros esfuerzos? ¡Pues, implorad el auxilio de María! Mientras no acudáis á Ella, os fatigaréis en vano.

Así como la Virgen, con el acto heroico de su fe, cooperó á la Encarnación y nos dió á Jesucristo; así también es indispensable que la obra de nuestra salvación principie haciendo por nuestra parte actos de fe sobrenatural: sin esta virtud no podremos salvarnos. El mundo se salvó por la fe de la Virgen, y ningún hombre puede salvarse sino mediante su fe sobrenatural en la palabra de Dios revelada á los mortales. La fe, según el Santo Concilio de Trento, es raíz, origen y fundamento de todas las virtudes: cortad la raíz, y se secará el árbol; sin la fe, toda virtud sobrenatural deja de existir: interrumpid la comunicación de una corriente de agua con el manantial donde tiene su origen, y al punto cesará también la corriente, desaparecerá y todo será aridez y desolación; y aridez y desolación acarrea á los individuos y á los pueblos la pérdida de la fe: minad el fundamento sobre el que ha sido construido un edificio, y no tardará en venir á tierra, y en reducirse á escombros; así cae por tierra y se convierte en ruinas toda virtud, que no está levantada sobre la fe. En el Bautismo Dios infunde en nuestras almas el hábito sobrenatural de la fe, juntamente con la gracia santificante, que nos resucita de la muerte

del pecado á la vida sobrenatural, haciéndonos participantes, como dice San Pedro, de la naturaleza divina. *Divinae consortes naturae* (1).

Mas ¿en qué consiste ese hábito sobrenatural de la virtud de la fe, que Dios infunde en nuestras almas? Consiste, Venerables Hermanos y muy amados Hijos, en una luz sobrenatural, con que son iluminadas interiormente nuestras almas, para que nuestra inteligencia dé crédito á las verdades reveladas por Dios; y, al mismo tiempo, nuestra voluntad es suavemente movida, para prestar asentimiento á los dogmas religiosos y permanecer adherida á ellos, á pesar de no comprenderlos, por ser superiores á los alcances de la razón. — Algunas veces sucede que, sin que se apague la claridad sobrenatural de la inteligencia, la voluntad rechaza las verdades religiosas, duda de ellas, las niega y las contradice: ¿qué es lo que ha pasado en el alma? ¿Cómo se explica el hecho de la incredulidad religiosa, tan común, por desgracia, en nuestros tiempos? Uno de los más útiles inventos de las ciencias exactas es el del telescopio, con cuyo auxilio el ojo humano ha centuplicado su fuerza, logrando fijar su mirada escudriñadora en los inconmensurables abismos de los espacios celestes: ¿será indispensable romperse los ojos, para aprovechar de la luz que recoge el telescopio? No: antes, es necesario tenerlos sanos y aplicarlos al instrumento, según las reglas de la ciencia. Si os obstináis en no querer tomarlo en vuestras manos, ¿podréis aprovecharos del auxilio, que con el instrumento recibe vuestra vista? . . . Pues, la fe nos ha sido dada, para que con ella contemplemos las cosas del Cielo, que nuestra inteligencia no alcanza á

(1) Epístola segunda de San Pedro, (Cap. Iº, ver. 4º)

descubrir; pero podemos servirnos de su luz, ó tenerla ociosa en nuestras manos, ó también apagarla. ¡Ay! Sí: podemos también apagar la lumbre sobrenatural de la fe, y sumergirnos á nosotros mismos en tinieblas; y muchos matan la luz divina de la fe en sus almas, y se quedan ciegos para las cosas de Dios. No sólo hay individuos que pierden la fe, hay también pueblos y naciones enteras, para quienes se nubla y hasta oscurece por completo el astro esplendoroso de la fe, dejándolos envueltos entre las sombras del error y de la herejía! Esto sucede precisamente, cuando llega la última hora de la misericordia, y comienza la hora de la justicia de Dios. ¿Cómo? ¿Será posible que se pierda la fe? Sí, Venerables Hermanos y muy amados Hijos, sí se pierde la fe, sí se apaga, sí se muere la fe, y se pierde y se apaga y se muere no sólo en los individuos particulares, sino en pueblos y en naciones enteras.

IV

No habéis de confundir jamás el conocimiento científico con las luces sobrenaturales de la fe, virtud infusa en el alma por el Bautismo y que tiene á Dios y sus misterios como objeto inmediato de ella. En la fe hay conocimiento y adhesión: el conocimiento subsiste; lo que se disminuye y pierde es la adhesión de la voluntad á las verdades religiosas sobrenaturales reveladas por Dios. Indiquemos las causas para la pérdida de la fe en los individuos.

La falta de honestidad y de limpieza en las costumbres suele ser la causa principal de la pérdida de la fe para los católicos: una alma limpia, un corazón puro, un cuerpo honesto son la mejor sal-

vaguardia de la fe. Por el contrario, la licencia de costumbres empuja con violencia hacia la incredulidad: el católico honesto jamás reniega de la fe. — El amor excesivo de los bienes terrenales adormece la fe, y el ansia de honores mundanos precipita de ordinario en la indiferencia religiosa. Estas son las tres principales causas de la pérdida de la fe en los individuos: ¿queréis que os dé, Venerables Hermanos y queridos Hijos, una señal segura para conocer cuándo se ha perdido la fe? Pues, héla aquí: cometer el pecado á sabiendas, sin remordimiento; cometer el pecado, con impavidez; hacer del pecado una necesidad cotidiana, señal cierta es de que la fe ó ha muerto ó está á punto de morir en el alma. . . . Pongamos la mano sobre nuestro pecho, preguntemos á nuestra conciencia y escuchemos aterrados su respuesta. ¡Ah! El peor de los males, la mayor de las desgracias, la pérdida de la fe, es lo único que no nos affige, es lo único que no deploramos, es lo único que no tememos!!

Los pueblos como pueblos pierden también la fe: las naciones como naciones la pierden, y, pareciendo que gozan de vida, en verdad, carecen de ella. ¿Cuáles son las señales para conocer que un pueblo ha perdido la fe? Vamos á enumerar las principales causas de la pérdida de la fe en los pueblos, advirtiendo que estas causas son, al mismo tiempo, las señales seguras de la ruina de la fe en las naciones católicas.

La profanación del Domingo es la primera causa y la primera señal de la pérdida de la fe. El día de fiesta puede profanarse dejando de cumplir con el precepto de la asistencia al santo sacrificio de la Misa ó trabajando en obras serviles, sin necesidad: ¿habrá fe en una ciudad, donde los talleres

se tienen abiertos públicamente hasta muy avanzadas horas de la mañana todos los domingos y días de fiesta? ¿Será de veras católica una ciudad, en la que permanecen abiertas, desde la madrugada hasta la noche, las tabernas en los días de fiesta? ¿Merecerá apellidarse creyente una población, cuya estadística criminal manifiesta que los robos, las riñas, los homicidios y otros crímenes se cometen precisamente el día de fiesta? La fe en esos pueblos ha padecido un escandaloso quebranto!

La segunda causa para la ruina de la fe, y la segunda señal para conocer que la fe va acabándose en un pueblo, es el perjurio: pueblo, donde se comete con frecuencia el pecado de perjurio; pueblo, donde el pecado de perjurio es público; pueblo, donde los perjuros ya no causan escándalo ni inspiran horror; pueblo, donde los perjurios quedan impunes, ¡ah! ese pueblo ha perdido la fe, la ha perdido irremediablemente. ¿Qué será si al escándalo se añade el lucro? ¿Qué será si el perjurio se comete por granjería? Cuando esto sucede en un pueblo, es señal de que en ese pueblo la fe está á punto de apagarse completamente para siempre!!

La tercera causa y la tercera señal de la pérdida de la fe es la blasfemia. Cuando la Religión es públicamente escarnecida; cuando se habla mal de la Iglesia, de sus dogmas, de sus doctrinas, de su culto; cuando se calumnian sus instituciones y vilipendian sus sacerdotes; cuando se ponen en ridículo las prácticas piadosas y se denigran las sólidas virtudes cristianas, entonces se ha arruinado la fe, entonces la fe se ha perdido del todo. Ponderad, Venerables Hermanos y queridos Hijos, cuán grande será la ruina de la fe en pueblos, donde la blasfemia tiene fueros de ciudadanía (permi-

tidme la expresión) y garantías políticas; en pueblos, donde se blasfema de la fe católica, con aire de autoridad doctrinal, empleando la imprenta para difundir el error y hacer cruda guerra á la Religión!!!.....

A estas tres causas hay que añadir una cuarta causa y una cuarta señal, que es la más segura, la más inequívoca, la más infalible: esa causa para perder la fe, esa señal de la ruina de la fe, es la falta de caridad fraterna entre los cristianos. ¿Cuál es la señal, con que, según Nuestro Señor Jesucristo, deben ser conocidos sus verdaderos discípulos? ¿No es la caridad fraterna? No es el amor mutuo? No es el amor á los enemigos? ¿Habrá fe católica, donde reina el odio? donde la murmuración, la detracción, la calumnia hacen trizas con el buen nombre del prójimo? donde hierve la venganza? donde impera el rencor?.... Con la ruina de la caridad fraterna viene la pérdida de la fe, y en las llamas del odio ambas virtudes sobrenaturales quedan reducidas á cenizas!!.... Profanación del domingo, perjurio, blasfemia y odio entre católicos son, pues, las causas de la ruina de la fe en los pueblos; y profanación escandalosa de los días de fiesta, perjurio escandaloso, blasfemia escandalosa y quebrantamiento escandaloso de la caridad fraterna son señales inequívocas de la pérdida de la fe en los pueblos y naciones católicas. No os alucinéis, Venerables Hermanos y queridos Hijos, con las prácticas puramente exteriores del culto católico: con todas esas prácticas y con todas esas observancias puede muy bien ocultarse la pérdida positiva de la fe, cuando existen las causas y señales de la ruina de la fe, que acabamos de enumerar. Ningunos más escrupulosos que los judíos del tiempo de Nuestro Señor Jesucristo en la guarda menuda

y prolija de todas las prácticas y ceremonias exteriores de la ley mosaica; no obstante, en el fondo, habían perdido la fe, y el Redentor los reprendía llamándolos hipócritas y sepulcros blanqueados.

¿Queremos ser buenos católicos? ¿Deseamos serlo de veras? Pues, conservemos íntegra y pura la fe católica; y, para conservarla íntegra y para mantenerla pura, evitemos toda causa de menoscabo y de ruina para la fe. Amemos la Religión, amémosla de corazón: la fe es nuestro patrimonio, la fe es nuestra riqueza, la fe es nuestra honra y más que nuestra honra es nuestra gloria: si perdemos la fe, todo se habrá perdido para nosotros, todo, absolutamente todo y sin remedio.

¿Qué haremos para conservar la fe? qué haremos para mantenerla pura? qué, para guardarla íntegra? ¡Ah! ¿Qué haremos?... ¡Orar, clamar, suplicar!!... Oración incesante, oración humilde, oración llena de confianza! ¿A quién oraremos? ¿a quién clamaremos? ¿a quién suplicaremos? ¿a quién, sino a María? ¡A la Virgen, cuya fe trajo a Dios del cielo a la tierra; a María, cuya fe nos dió la salvación!... La immaculada Virgen fue quien nos dió a Jesucristo; Ella misma es la única, con cuyo favor vendrá a nuestras almas la gracia, la gracia, sin la cual nada podemos.

¿Cómo haremos para que la fe católica recobre su imperio en la sociedad? de qué medios nos valdremos? Haremos oración, nos valdremos de la oración: clamaremos, rogaremos, suplicaremos con lágrimas a la Virgen; le instaremos que haga de nuevo reinar la fe en nuestras almas: fe os pedimos ¡oh! Virgen soberana!... Dadnos fe, Madre de la divina gracia!... Vos sois, como dice San Pedro Crisólogo, Nuestra Redentora: Vos, como os llama San Efrén, sois la salud del mun-

do!... Por Vos ¡oh! María, como enseña San Agustín, Dios redimió al mundo y devolvió la vida á los hijos de Adán: Vos sois finalmente, según la doctrina de San Anselmo, la única que puede reparar nuestras ruinas. ¡Reparadlas, Madre misericordiosa! — Así sea.

Ordenamos que esta nuestra Tercera Carta Pastoral se lea á los fieles el día domingo próximo, en todas las iglesias de nuestro Obispado.

Dada en la ciudad de Ibarra, el día ocho de Diciembre de 1896.

✠ **FEDERICO**

OBISPO DE IBARRA.

